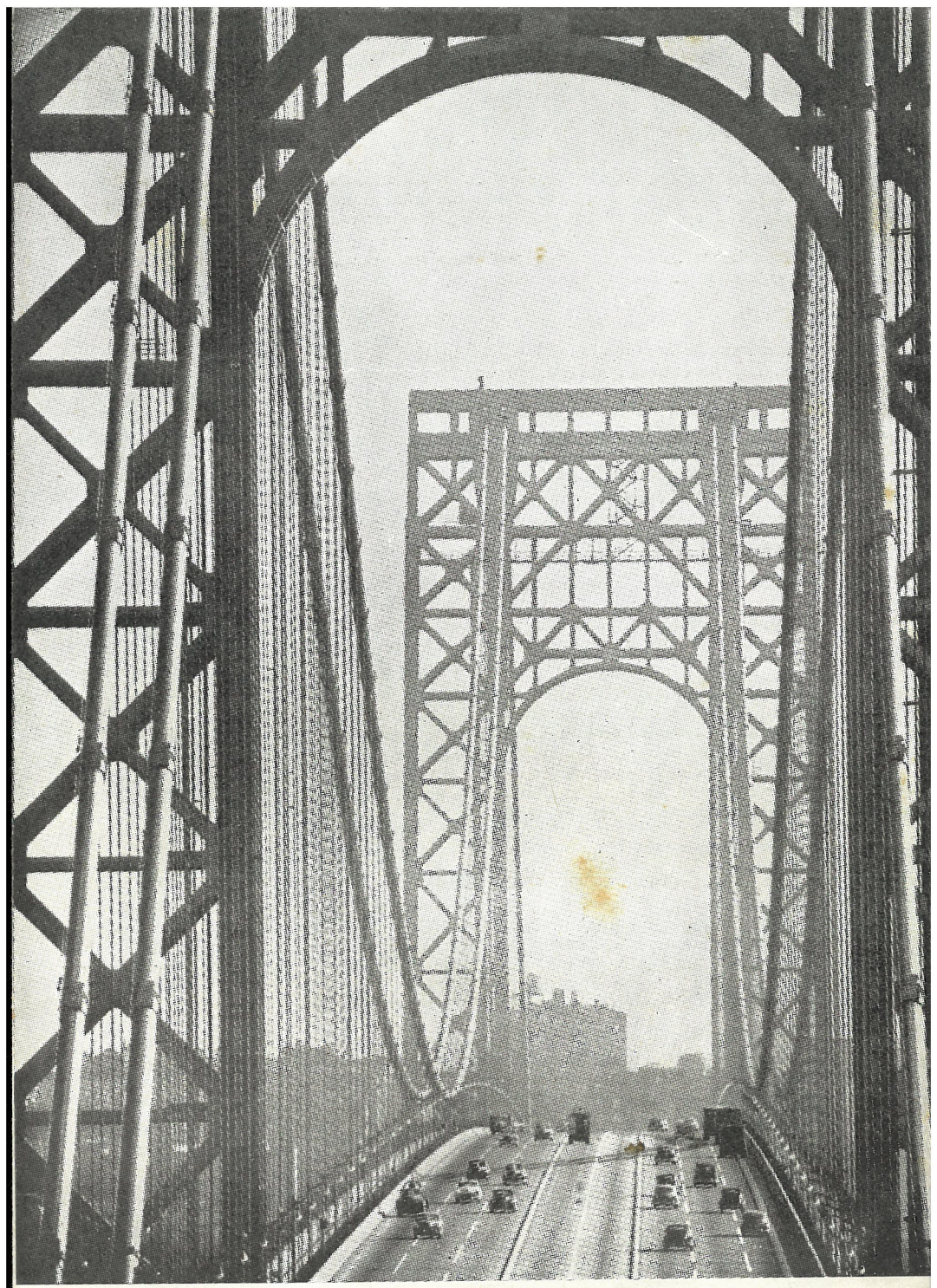

... ser puente siempre y para todos.

Erase que se era

así empiezan los cuentos y las historias. Y así empieza también esta historia que sucedió un día de diciembre, un viernes, por más señas. Uno de esos 4 afortunados viernes con apellido sonoro, "de témporas", envidia de los 48 restantes viernes del año.
Pero antes de hablar de lo que pasó ese viernes de diciembre — en las historias siempre pasan cosas — acércate conmigo a

un río.

Ancho, muy ancho. Obreros en la orilla. No son muchos. Hace 9 años que trabajan aquí. Los fundamentos ya están firmes, bien ahondados. El material — cemento, argamasa, grava, hierro, piedras — dispuesto. Todos van con traje dominguero. Nueve años pensando en este momento. Hoy hay más gente. Han venido las autoridades y corre un aire de fiesta. Van a poner "la primera piedra" del puente. Desde ahora las orillas empezarán a mirarse con esperanza. Luego nos volveremos a casa, dejaremos el traje de fiesta. Quizá pronto nos olvidemos de la "primera piedra". Pero se seguirá trabajando. Y otro día nos llamarán: la última piedra. Y el río tendrá un nuevo puente. Y por él podremos pasar al otro lado.

Algo así

ocurrió ese viernes, 20 de diciembre. Algo mucho más grande. No son piedras, son treinta rostros llenos de juventud. Su "primera piedra" es su decisión, su avanzar y arrodillarse. Dispuestos a ser puentes. Puentes de carne, con la angustia y la alegría de unir esa tierra con aquel Hombre que nos vino del cielo.
Hace tiempo el río les trajo Su voz, Su llamada desde

el gran puente,

la Cruz. Miraron los ojos de Cristo y sin miedo empezaron a trabajar. Con la ayuda de otros hombres. A veces el barranco les parecía muy hondo desde abajo. Pero los gritos de los hombres les volvían al trabajo. Y el río no cesaba de traerles la voz de Cristo, en boca del Cristo de la tierra, el Papa, los Obispos, la Iglesia. Por fin han llegado a este día, el día de

la primera piedra.

Ahí están arrodillados, unidos a los hombres como nunca. Ofreciendo a Dios su trabajo, su juventud, su vida. Saben que ser puente no es fácil, que no podrán replegarse hacia la tierra que están tocando. Ven a Cristo en el altar, les espera, y se lanzan en manos del Obispo, de la Iglesia, de todos los hombres. Y el Obispo, como Cristo, bendice la primera piedra y la marca con

una señal.

Con esos cabellos que les corta, quieren desprenderse de su egoísmo. La corona, la sotana, será siempre un faro indicador: ahí pasa uno que es para todos porque es para Dios. Y ellos sentirán en su cuerpo que son puentes, que están tocando a Dios y dando Dios a los hombres. No están tristes, porque con ellos está Cristo Resucitado para resucitar a sus hermanos.
El Obispo les pone el roquete alegre, solemne. Una última mirada de oración al altar, y

ya está

puesta la primera piedra. Ahora a trabajar mucho, juntos. Pasará este viernes, pasarán muchos días. Hasta el día de la última piedra en que empezarán a ser puentes. Con su Sacerdocio hecho vida.

Hablan

las montañas y hablan los ríos y los árboles y un rostro y unas manos y un hombre con su caminar. Todo habla muy alto sin palabras. Y en esta noche del 20 de diciembre de 1957,

Miguel Alayrach Heredero
José Antonio Arenas Sampera
José María Bastida Canal
Jorge Bertrán Cassola
Pedro Boixaderas Sadurní
Jaime Borrás Farrés
Fernando Bueno Ferrer
Francisco Capell Viña
Alberto Castilla Miralles
José Coma Vives
Víctor M. Fuentemilla Tarancón
Luis Garriga Rufach
José Hortet Gausachs
José María Juan-Torres Lana
José Llunell Vilaró
Pedro Margarit Tarrides
Jesús Martínez García
José Luis Martínez Martínez
Manuel Mas Franch
José Molera Ciuró
José María Navascués Azagra
Leoncio Petit Torner
Luis Portabella de Alós
José Antonio Prada Vázquez
Carlos Soler Perdigó
Jorge Sotorra Garriga
Mateo Terrats Oliver
Luis Vicente Lasala
Juan Vidal Baig
Joaquín Vives Aragó

hablan entre silencios profundos que retumban en el templo al arrodillarse ante su Obispo.

¿No oís?

Creemos en Jesucristo, fundador de la Iglesia.
Queremos amarle con nuestra juventud.
Queremos trabajar al servicio de todos los hombres, siempre.

QUE nuestra vida sea para los que nos rodean fuego y luz de Dios,
QUE nuestra fe en lo que vamos a predicar sea sincera,
QUE no busquemos honores, comodidades, ventajas económicas,
QUE nuestro apostolado vaya acompañado de la sencillez y el coraje,
QUE entre nosotros haya unión total,
QUE seamos dóciles y obedientes a la autoridad de la Iglesia,
QUE sepamos orientar a todos los hombres hacia la paz, la justicia, la libertad, el amor, la felicidad,
QUE sean muchos los que sientan con nosotros la alegría de tocar a Dios y darlo a los hombres.

Cádiz, 8-11-1957

Rdo. P. Vicerrector
Seminario Conciliar
Barcelona

¿Cómo ve usted al sacerdote?

Al sacerdote lo veo como un grado último en esa escala de la vida que empieza por lo mineral, y sigue por lo vegetal. Es un salto, un paso, en la escala de los seres. En esa superposición de círculos vitales de que se ha hablado —la litoesfera, la biosfera, la antropoesfera— debe haber una última membrana universal —la sacroesfera— envolviendo al mundo. No puede ser densa. Tiene que pesar por la ardiente, diferencial, fisonomía de sus componentes, uno a uno.

El sacerdote debe sentir en sí el martirio constante de no poder ser un exclusivo contemplativo. Me gustaría que estuviera luchando permanentemente con un ansia invencible de zafarse de todo y mandarnos a todos a paseo. De refugiarse en soledad y Sagrario. De leer, de vivir para sí, de paladear sus mieles, de decir «no está en casa».

¿Qué espera del sacerdote?

Espero que no se le note nada de esto. Que él se lo sufra y reprima. Que esté en la vida con la fuerza sonriente de un buen obrero. Que cuando más querría estar con Dios, salga a la puerta a recibirnos: «¿Qué se le ofrece?»... Porque lo que se nos ofrece a todos es dialogar con alguien que disimule lo vulgares que «tenemos» que parecerle.

J. M. Pemán

BOLETIN
DE LA OBRA DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES

Enero de 1958

SUPLEMENTO DEL B. O. DEL OBISPADO
B A R C E L O N A